

Contingencia del pensamiento, método escéptico, trabajo de duelo

Monique David-Ménard

En filosofía, lo contingente se define prácticamente siempre con fórmulas negativas, incluso cuando es elogiado: es contingente aquello que no es necesario o que no está determinado. He intentado mostrar que, en psicoanálisis, no hay incompatibilidad entre contingencia y determinación, ya que los elementos contingentes vuelven a trabajar el material de lo determinado, es decir, de la repetición. Solamente acontecimientos contingentes de la transferencia, inconscientemente “elegidos” a través de los sueños o que ocurren en escenas de la vida de los analizados distintas que la transferencia, pueden hacer desviar la compulsión de repetición de su curso.

En lugar de partir, como en mi último libro¹, de los factores de contingencia indispensables, en una cura analítica, para que la repetición de lo que está determinado, fijado en los síntomas, se desvíe de su curso, voy, hoy, a hacer lo contrario: parto de la contingencia en el pensamiento conceptual y, sirviéndome de lo que Kant ha llamado “método escéptico” en la dialéctica trascendental, me preguntaré cómo una filosofía se inventa sabiendo separarse de las ilusiones previas que le obsesionan y conforman como el resto de lo no filosófico dentro de lo filosófico. Este resto no es un residuo inútil, es lo que define el ángulo de apertura de una problemática. A partir de ahí, podremos confrontar este trabajo del pensamiento en filosofía al trabajo de duelo o de separación en un análisis.

I. UNA FILOSOFÍA: SISTEMA Y BRICOLAJE

La filosofía es el arte de hacer ilegible, en un trabajo del texto, las condiciones y el material que conforman los acontecimientos a partir de

¹ *Eloge des hasards dans la vie sexuelle* [Elogio de los azares en la vida sexual], Paris, Hermann Editions 2011

los cuales se inventan conceptos. En este sentido, una filosofía se define siempre como fundadora (que remonta a los principios de nuestros pensamientos y de nuestras prácticas), o como universal, en razón del valor de las proposiciones que enuncia y que es capaz de presentar bajo una forma deductiva que puede despreocuparse de las particularidades de los interlocutores. Pedagogía del diálogo que “se remonta” al ejercicio del pensamiento hipotético y, a partir de ahí, a lo anhipotético en Platón, filosofía primera en Aristóteles, descripción trascendental de las condiciones de posibilidad de nuestros conocimientos y de nuestras prácticas en Kant, demostración de la producción de lo real a partir de lo racional en Hegel, ética desplegada *more geometrico* por Spinoza, descripción trascendental de las intencionalidades en Husserl, lógica de los mundos en Alain Badiou, que intenta mostrar cómo se supera la separación entre el matema y el discurso del acontecimiento supernumerario, etc.

Frente a la potencia así afirmada de la razón, se erige el escepticismo que desmonta, ejemplo tras ejemplo, la pretensión del concepto de lograr una verdad, filosofía “a martillazos” de Nietzsche, pretensión de Marx de mostrar el arraigo de la razón dialéctica en las condiciones históricas y políticas que el idealismo hace desaparecer, diseminación del pensamiento que cuestiona la autonomía de lo filosófico en relación con lo literario en la obra de Derrida. La lista es larga, asimismo, de las críticas de la pretensión deductiva y fundadora de la filosofía. Un solo ejemplo reciente se fija por objetivo hacer compatible filosofía y contingencia asumida del pensamiento, que no destruya sino que renueve el ejercicio del concepto: Deleuze et Guattari definen la filosofía como “razón contingente” en *¿Qué es la filosofía?* Este oxímoron apasionante se esclarece si, en lugar de partir de la presuposición de un orden de lo real, se construye la diferencia entre diversos usos del pensamiento, ciencia, filosofía, arte, partiendo de un caos que no es nunca sustancializado sino que se determina como la circulación, a velocidad infinita, de los elementos de pensamiento o de realidad que tanto el arte, como la ciencia y la filosofía “cortan” a través de una operación específica: una ciencia “ralentiza” el caos al determinar funciones que unen variables independientes convenientemente elegidas para crear una razón necesaria. El arte desmonta la apariencia estable y acabada de nuestras percepciones al pasar por el momento caótico que es el único que permite conexiones perceptivas inéditas: la velocidad infinita a la que circulan los movimientos que sentimos recibe una intensidad nueva gracias a estos “bloques de percepciones”, que no han sido nunca formados antes de que

una obra los disponga. El arte es así capaz de condensar el infinito en materiales finitos. La filosofía crea de otra manera: es el modo de pensamiento que se mantiene más cerca del caos ya que determina relaciones que sólo se sostienen mediante el acto filosófico de concebirlas juntas, sin negar su heterogeneidad, a través de la instauración de una medida que hace homogéneo lo heterogéneo, como hace una ciencia. Nada funda, es decir, nada garantiza, en el ser, las relaciones de conceptos que componen una problemática entre variables dependientes y no independientes como en una ciencia. “Variables dependientes” quiere decir que las relaciones que tejen los conceptos (que se distinguen, por lo tanto, de los perceptos y de los functivos) solamente se sostienen mediante la iniciativa de pensamiento del filósofo que las une: juntar el personaje conceptual del investigador y la crítica de la causalidad, como hace Hume, no se sustenta en ningún fundamento en el ser. O incluso, hacer del filósofo un juez en funciones e inventar una nueva concepción de lo negativo que ya no tiene nada que ver con el no-ser; hacer inteligible, gracias a este instrumento lógico, la proximidad entre el idealismo leibniziano y el delirio de Swedenborg, redefinir a partir de esto los diversos campos de nuestras experiencias, teórica, práctica, estética, biológica, jurídica. ¿O, aún mejor, como trazado de una perspectiva de pensamiento que acerca campos heterogéneos cuya inteligibilidad susceptible compartible reposa exclusivamente en su propio trazado?. Tal es la “razón contingente” según Deleuze.

Puesto que he señalado, en una obra colectiva sobre el caos², que esta determinación de la razón contingente se basa, aún demasiado, en una metafísica unificadora de las intensidades de estos movimientos que circulan, a velocidad infinita, tanto en la fabricación de nuestros cerebros como en los “bloques de percepción” del arte o en los “functivos” de la ciencia, quisiera proponer una concepción del pensamiento que retiene la idea de síntesis disyuntiva entre las variables que una filosofía relaciona, pero sin la garantía de un paso obligado por lo infinitesimal y lo infinito, que tiene todavía, me parece, la función de una base común a la diversidad de nuestras experiencias, es decir, de una metafísica.

II. EL EJEMPLO DE KANT (título de un libro de Olivia Custer)

² *Chaos* [Caos], Paris Hermann Editions 2013

Para ello, me gustaría releer a partir de *¿Qué es la filosofía?* (1991) lo que pienso haber establecido en *La locura en la razón pura*, en 1990, sobre el ejemplo de Kant, antes de la aparición de esta obra de Deleuze y Guattari. Una filosofía es, en efecto, un bricolaje inventivo entre componentes heterogéneos, algunos de los cuales son lógicos y otros evenemenciales, es decir fácticos, o traumáticos. La invención conceptual consiste, precisamente, en poder alejarse de estos elementos materiales que, sin embargo, están presentes en los textos pero como elementos de los podríamos desinteresarnos. Es el acto de escribir y sus reglas lo que produce esta relegación de lo evenemencial por lo conceptual. Cuando estos componentes vuelven a ser legibles, la imagen del pensamiento que traza una filosofía cambia; es necesario renunciar a la presentación que un sistema se hace de sí mismo haciendo desaparecer aquello que hace pensarlo. Esta lectura aparenta la filosofía, así redefinida, a un trabajo de duelo o de alejamiento de ilusiones previas.

En el desarrollo de esta concepción de lo filosófico como razón contingente, Kant me sirve a la vez de guía y de síntoma. De guía porque él mismo ha mostrado cómo la redefinición de la filosofía como teoría trascendental del objeto de conocimiento supone la construcción de un “método escéptico” distinto del escepticismo. Como síntoma también, o terreno de experimentación, puesto que podemos leer la sucesión de las tres *Críticas* como la recuperación progresiva del acontecimiento que ha constituido para él el “mal encuentro” con un pensador delirante (*Wahn eines Schwärmers*). Los textos de Swedenborg ejercieron sobre Kant una fascinación que sólo pudo calmar y reducir inventando dos relaciones: entre idealismo (Leibniz) y delirio (Swedenborg), y después, entre delirio extravagante y delirio de la razón (dialéctica trascendental). La proximidad peligrosa entre Leibniz y Swedenborg fue solamente eliminada gracias a una lógica no dialéctica de la negación: una negación que da al pensamiento un dominio sobre un objeto que tenga el derecho de llamarse “real”, allí donde el delirio alucinado (*Blendwerk*) acecha. Este “allí donde” indica un lugar casi común al delirio y al entendimiento. Es la dialéctica trascendental la que ofrece el concepto de este casi. Si no pensamos en la proximidad peligrosa entre la constitución de objetos y el delirio de la razón, comprendemos mal el alcance de la noción kantiana del objeto. El método escéptico consiste en construir una escena en la que se despliegan tesis y antítesis en los razonamientos sobre el mundo. El filósofo, que es el director dramático de este *dialektisches Kampfplatzes*, no participa en el combate. Su intención es, sin embargo, lograr una certitud (*Gewissheit*), lo dice en la introducción del capítulo sobre la

antinomía de la razón pura, y no deleitarse en los juegos a través de los que la tesis destruye a la antítesis y viceversa. Es por ello que el método escéptico no es el escepticismo. Esta certitud, que se forma gracias a la puesta en escena, atañe al concepto de los objetos del conocimiento. Un buen número de autores (y, en particular, Gérard Lebrun) han señalado, después del mismo Kant, que el cogollo de la *Crítica de la razón pura* es la reflexión crítica sobre la idea de mundo. Sin embargo, se dice menos, que el estudio escéptico de la antinomía de la razón pura, es decir, del cara a cara entre las tesis y las antítesis relativas al mundo, debe su importancia al hecho de que el concepto del objeto se desliga de este, o, para ser fieles al vocabulario kantiano, se distingue de este, en el sentido activo del término “distinguirse de”. Kant es explícito sobre este punto: la idea de mundo comporta un privilegio frente a las dos otras ilusiones de la razón pura, la idea del alma y la idea de dios, y es que, solamente en este caso, no es absurdo considerar que el objeto pueda ser dado. Entre la ilusión y el pensamiento del objeto, la diferencia es solamente de escala, pero es el mismo tipo de síntesis el que opera. La diferencia es que la síntesis, a través de la cual pensamos el mundo según las categorías, es “demasiado grande” para el entendimiento o, lo que es equivalente, que la síntesis de entendimiento por la cual el trabajo de pensamiento puede lograr ajustarse a las condiciones de la intuición es demasiado pequeña para la razón. Para comprender, por lo tanto, lo que es un objeto, hay que comprender cómo el entendimiento logra este cambio de escala. Kant lo denomina la “demostración indirecta del idealismo trascendental”, y concede que el desarrollo directo, en el capítulo sobre la estética trascendental, puede juzgarse como insuficiente (apartado 7 de la antinomía). El **algo** que hay que conocer se gana a la **nada** respecto a la cual las tesis y las antítesis sobre la idea de mundo discuten hasta el infinito. « *dass sie um nichts streiten, und eine gewisser transcendentaler Schein ihnen da eine Wirklichkeit vorgemalt habe, wo keine anzutreffen ist* ». Lo que quiere decir que hay que comprender que las dos partes antinómicas “discuten por **nada** y que una cierta apariencia trascendental ha pintado **allí**, delante de sus ojos, una realidad, **allí donde** justamente no hay ninguna”. Volvamos, finalmente, al punto de partida, es decir, a la invención conceptual de la diferencia entre el delirio de la razón y el delirio de Swedenborg. Al final del apartado 7, Kant puede decir que la dialéctica de la razón es una cosa diferente a una alucinación gracias al hecho de que el método escéptico logra definir un conflicto dialéctico (*dialektischer Widerstreit*) diferenciándolo de un conflicto analítico que

solamente discierne una nada, mientras que el conocimiento de un algo se constituye a través de un conflicto real (*realer Widerstreit* desde 1763).

La contingencia en el pensamiento, es así la unión de una lógica con los acontecimientos determinados como traumáticos y que la lógica creada por el pensador no hace desaparecer completamente en sus textos filosóficos. En la primera *Crítica* estos textos son:

- el capítulo sobre los postulados del pensamiento en general, que define la diferencia entre lo posible y lo imposible, lo real y lo no real (*Dasein/Nichtsein*) (lo necesario y lo contingente),
- la tabla de las formas de la nada que define todas las maneras en las que el pensamiento puede errar el “algo”,
- y el capítulo sobre la antinomia de la razón pura, que muestra que hay un hilo director lógico de los razonamientos ilusorios sobre el mundo, lo que permite a estos razonamientos ser, según Kant, otra cosa que un delirio y que define la diferencia entre la idea del mundo y los objetos susceptibles de ser conocidos como un cambio de escala.

III. ¿LA INVENCIÓN DE CONCEPTOS COMO TRABAJO DE DUELO?

Si vuelvo ahora al psicoanálisis, el punto común entre el método escéptico y el trabajo de una cura, es porque la invención de una transformación pulsional, gracias a la transferencia, se gana a la repetición. Y ello supone factores contingentes que el paciente extrae del campo del analista y que le sirven para remodelar la proximidad entre lo que ha sido destructivo, para él, en el acercamiento a lo real de su deseo y los objetos “a”, que son el intento, no solo de cubrir el horror de lo real como dice Lacan, sino también de inventar nuevos objetos fabricados con el material mismo de la repetición pero en nuevas condiciones. No se trata ahora de un cambio de escala sino de una transposición (*Übertragung*) de las condiciones de la repetición. He intentado mostrar, en *Elogio de los azares en la vida sexual* [Eloge des hasards dans la vie sexuelle], que los elementos contingentes que redefinen la estructura de deseo se inventan en los sueños. En la cura de la paciente que he llamado Laurence Desproges, es gracias al objeto “niño azul” y a su polisemia (niño con el síndrome del bebé azul) que la paciente puede dejar atrás su angustia más amenazante diciendo al analista: “Tú también quieres impedirme vivir con el hombre que acabo de conocer. Este niño azul que tenía en los brazos, del mismo azul que el

cuadro que veo en tu consulta, es un niño a quien se prohíbe vivir". Gracias a este momento casi delirante o proyectivo, la angustia de muerte que habitaba en esta mujer puede derivar a una nueva conexión – una nueva “síntesis disyuntiva” diría Deleuze (¡que ha leído a Kant!) - que enlaza con su gusto, hasta entonces reprimido, por los colores y los olores. Dicho gusto se encuentra activado por un encuentro sexual y amoroso que ella puede acusarme de prohibirle. Califico como contingente, en un sentido un poco diferente del que definía Kant, este resto diurno recogido en el espacio de la cura. Este no tiene, por sí mismo, ninguna relación con la atracción por la destrucción en la vida de Laurence, que se ha repetido varias veces antes del análisis a través de actos violentos. El sueño va a buscar este elemento heterogéneo para fabricar una interpelación a la analista gracias a la relación establecida entre un encuentro amoroso y un gusto artístico vuelto a encontrar que convoca la atracción reprimida por las materias sucias. Es cierto que los juegos del significante (niño azul) efectúan la articulación de estos registros heterogéneos que permiten la interpelación a la analista, lo que hace emerger a la paciente de su angustia de muerte. Pero el momento del objeto, inventado y encontrado, es el acto de la relación contingente entre elementos heterogéneos. En el análisis, es el momento en que se efectúa la conexión entre el peso de la repetición y la posibilidad de gozar de una manera menos destructiva. Posibilidad que se negocia, paradójicamente, como la atribución al otro analista de la prohibición de aquello que emerge.

Conclusión: contingencia y normatividad

Es evidente que cuando se describe, de esta manera, la proximidad entre la angustia relativa al acercamiento de lo real del deseo y la invención contingente de objetos, cuando el analista, por lo tanto, se presta al proceso inmanente de esta transposición peligrosa, nos alejamos de una escucha normativa en psicoanálisis. No hay modelo de la transposición, es decir, modelo de la transferencia.

Si tuviésemos tiempo, sería necesario mostrar que, incluso en las curas de pacientes “neuróticos-normales”, la posibilidad de una transformación subjetiva se basa en factores contingentes, es decir, que escapan a las normas reconocidas, no solo a través de las teorías analíticas de constitución de los sujetos deseantes, sino también a través de la consciencia de los sujetos, analizados y analistas reunidos.

Puede decirse de las normas lo que yo formulaba, en 2009, en *Las construcciones de lo universal*, al revisitar, a la vez, la complejidad, a veces confusa, de lo universal kantiano y las fórmulas de la sexuación en Lacan: no es que una lógica de la sexuación sea incoherente, es más bien que no tiene interés si queremos comprender el proceso inmanente de una cura. Las normas, como lo universal, llegan siempre a posteriori, es decir, demasiado tarde. En lógica, las reglas tienen como función perfeccionar las deducciones confusas o erróneas en las lenguas comunes. Por tal motivo, estas tienen un función prospectiva en las ciencias. Sin embargo, en una práctica y un saber como el psicoanálisis, lo axiomático no tiene este alcance deductivo e impide concebir el papel afirmativo de lo contingente.